

JOSÉ DE GARDOQUI — — —

— — — — — COMANDANTE DE B. M.

LA LITERATURA

FACTOR NECESARIO PARA EL
TRIUNFO EN LAS GUERRAS

— — — — — MODERNAS — — — — —

CONFERENCIA DESARROLLADA
EL DIA 3 DE MAYO DE 1924 EN
EL CENTRO DEL EJÉRCITO Y
— — — — — DE LA ARMADA — — — — —



MADRID
1 9 2 4

G-F 16318

OBRAS DEL AUTOR

La espada rota. Impresiones de campaña en Marruecos (1921-1922), (con el pseudónimo de «Comandante X. Y.»)

EN PREPARACIÓN

Ros de Olano. (Número 3 de la Revista Biográfica).

LA LITERATURA

FACTOR NECESARIO PARA EL
TRIUNFO EN LAS GUERRAS
— — MODERNAS — —

CONFERENCIA DESARROLLADA
EL DIA 3 DE MAYO DE 1924 EN
EL CENTRO DEL EJÉRCITO Y
— — DE LA ARMADA — —

POR EL COMANDANTE DE E. M.

D. JOSÉ DE GARDOQUI Y URDANIBIA



MADRID
1 9 2 4

+ 170799

BURGOS.—IMP. DE RAFAEL Y. DE ALDECOA

Primeras palabras

Ocupar esta tribuna, por donde desfilaron figuras eminentes de todos los órdenes, es empresa en verdad hartamente atrevida para mí; pero lo es aún más, si se tiene en cuenta el objeto de mi trabajo. Unir dos conceptos al parecer contradictorios; hermanar la guerra, toda estruendo y dolor, con la literatura, trabajo reposado y pacífico, parece cosa difícil e imposible o al menos poco práctica y necesaria.

Convencido, sin embargo, de la utilidad de unión semejante, me dirijo hoy a vosotros.

Desde 1914 a 1918, y en las épocas anteriores a la declaración de guerra, el ingenio humano inventó, es verdad, poderosísimos medios de combate; pero no es menos cierto que para luchar fueron utilizados artefactos antiguos ya en desuso.

Para la guerra precisan ahora las naciones de cuanto poseen. Son por ello utilizados para la lucha los factores morales y son precisas para vencer las riquezas materiales. Nada puede ni debe ser despreciado.

No desdeñemos, pues, a la literatura que, por utilizar para su obra el lenguaje de los pueblos, es alma de las razas y aliento vital de las naciones.

El canto de guerra ha resonado de nuevo con el mismo ritmo de las épocas primitivas y la figura del lanzador de granadas semeja, al recortarse en el horizonte, la sombra de los viejos honderos de las primeras luchas.

DSC
A

I

LA LITERATURA Y LA GUERRA

Antítesis existente, al parecer, entre ambos conceptos.—
Definiciones.—Resumen histórico.—Misión de la literatura en la guerra.—Su importancia como factor moral.

Según el «Diccionario de la Real Academia», Literatura es «el género de producciones del entendimiento humano que tienen por fin próximo o remoto expresar lo bello por medio de la palabra». Considéranse comprendidas en este género, la gramática, la retórica, la poesía de todas clases, la novela, la elocuencia y la historia.

Estiman otras definiciones ⁽¹⁾ es la literatura «el arte que emplea la palabra como manifestación sensible de la idea o bien un arte bello cuya forma de expresión es el lenguaje».

Guerra, del alemán o germano «wërra»—«querella»—«es la desavenencia y rompimiento de paz entre dos o más potencias, pueblos o naciones».

Nada más encontrado, al parecer, que ambas ideas. Es una fiel expresión de la belleza; representa la otra el dolor y la muerte, la discordia y el odio.

Un abismo debió separarlas a través de la historia, y sin embargo no fué así. Guerra y Literatura marcharon unidas en el lento caminar de los siglos, y fué la segunda, en toda época, en uno de sus variados aspectos, reflejo fiel de la primera.

(1) «Literatura militar española», *Francisco Barado*.

En los comienzos de la vida de los pueblos, asociase la poesía a la guerra y a la religión hasta tal punto que las primeras revelaciones del arte de la palabra son himnos bélicos o cantos religiosos.

Ni un solo pueblo dejó de tener, en los primeros albores de su historia, un canto de guerra.

Iberos, celtas, cántabros y astures ensalzan en nuestro suelo el esfuerzo varonil que ha de proteger o libertar la Patria, y más tarde Grecia y Roma perfeccionan su literatura militar para narrar los heroicos y esforzados hechos de sus hijos más valerosos.

Homero canta en «La Iliada» la guerra de Troya y su genio convierte al poema en epopeya nacional de Grecia.

Esquilo, que lucha en Salamina, deja en su obra «Los persas» acabada descripción de la batalla. Lucano canta la guerra civil que terminó en Munda y Silvio Itálico las guerras púnicas.

Bajo el polvo que guarda un fabulosa civilización, los monumentos egipcios son la expresión imperecedera de la gloria de un pueblo.

En los templos y palacios, en los obeliscos y construcciones funerarias, los jeroglíficos y los pintados relieves representan las figuras de los héroes o los pueblos vencidos en las luchas. La historia de Egipto desafía a los siglos y llega así a nosotros el recuerdo de sus hazañas bélicas.

Al lado de las sangrientas luchas entre los hombres aparecen en la historia sus ilustres narradores. Pléyade gloriosa constituyen Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Vegecio, Polibio, César, Salustio, Eneas, Plutarco y Tito Livio.

Si en los primeros tiempos el sentimiento religioso se halla unido al guerrero, ambos se separan después.

Constituye desde entonces el fondo de las narraciones históricas la exaltación del sentimiento heroico.

El canto de guerra que lanzaba a los hombres a la lucha se transforma, y nacen de su seno la poesía heroica, la épica, la epopeya.

El heroísmo, ese soplo divino que lleva al hombre a realizar en beneficio de su Patria hechos extraordinarios, deja su huella, para memoria de las futuras generaciones, en bellos y exaltados poemas. La guerra y la literatura se unen ya en apretado abrazo. Allí donde una acción heroica se realiza nace un poeta para cantarla.

La musa eúskara lanza su potente voz de roca en roca para cantar en el poema de Altabizaren la rota de Roncesvalles, y a su sonido opónese el sonido doliente del cuerno de guerra de Rolando.

Nuestra epopeya contra el árabe invasor tiene en el Romancero estuche digno de tan preciada joya, y a través de los briosos versos del poema inmortal cabalga ya para siempre por Castilla y Valencia, por todos los reinos moros y cristianos, la noble figura del Cid, el más leal caballero.

Para ejemplo de los venideros siglos grabadas quedan en la rima heroica las nobles cualidades de la raza; el sentimiento religioso, el espíritu caballeresco, el amor filial, el respeto al Rey.

El invasor opone a nuestros rudos cantos sus más bellos poemas, y los poetas musulmanes entonan en elogio de las hazañas guerreras de sus compatriotas las más hermosas frases de su idioma.

Abul-Beka, de Ronda, de una bellísima elegía, digno precedente de las Coplas de Jorge Manrique («La guerra y el Arte», P. A. Berenguer), duélese en sentidas palabras de la caída del Islamismo, y es su dolor el dolor de un pueblo y de una raza que precisaron de poeta semejante para cantar su tristeza en las postrimerías de su gloria.

Una nueva epopeya ábrese en la Historia de la Patria: la conquista de América. Ercilla, el poeta soldado que escribe sobre un tambor sus versos, narra en «La Araucana» la leyenda vivida; Solís retrata los personajes y los hechos de la conquista de Méjico; cuanto las espadas hicieron queda reseñado para siempre por las bien afiladas plumas de los cronistas de Indias.

Únense por entonces en íntimo maridaje las armas y las letras, el Manco Glorioso herido en «la más alta ocasión que vieron los siglos», afirma en su célebre discurso de las armas y las letras «no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios a los campos de la guerra», y como prueba de ello Ercilla, el soldado de Villarapué, aprovecha sus ocios en escribir de noche las hazañas del día; Calderón recoge escenas y tipos de su vida militar; muere frente a la fortaleza de Frejus, en Provenza, el ilustre cantor de Salicio y Nemoroso; Lope se alista en la «Invencible», y Cervantes lucha a bordo de la galera «Marquesa», en Lepanto.

En América, en Italia y en Flandes hacemos la guerra, y de nuestros hechos quedan siempre detalladas narraciones. Las órdenes de batalla, los generales enemigos, los reyezuelos y caciques, los pactos y tra-

tados, las emboscadas y victorias, las alarmas y derrotas, los sitios de plazas, las batallas campales, todo encuentra un afortunado narrador, soldado y poeta a un tiempo mismo.

No lejos de nosotros canta Camoens en «Las Lusiadas» el feliz descubrimiento del camino marítimo para la India. Sus versos narran con brillante colorido los hechos más gloriosos de la historia portuguesa, y son sus estrofas exaltación constante de cuanto de sublime y heroico tiene la vida de su Patria.

No es sólo en nuestra península donde la poesía, la literatura y la historia ensalzan las virtudes guerreras y con ellas el espíritu de sacrificio.

Al lado de alemanes y españoles, y tal vez antes que éstos, figuran los eslavos y especialmente los serbios. Es asunto favorito de la poesía serbia la figura de su rey Lazzaro Grehanovic, que combatiendo contra los turcos en la batalla de Kossovo, en 1389, perdió el trono y la vida.

Francia en la época napoleónica encuentra a Delavigne para cantar en honor de los muertos en Waterlío y Beranger, el poeta de los dolores del pueblo, duélese de la pérdida de la pasada grandeza. Narración militar alguna puede igualarse a las descripciones de Víctor Hugo y Emilio Zola. Ellos hacen sentir como nadie todo el dolor y al mismo tiempo toda la belleza de la guerra.

El pueblo griego, digno de su historia y de su tradición, dispone de un excelso poeta para que cante la lucha por su independencia. Lord Byron sabe cantarla al mismo tiempo que la vive y el noble gesto del artista aumenta los méritos, ya grandes, de su obra.

Larga lista de escritores militares enriquece nuestra historia literaria hasta la época de nuestra decadencia. Sus diestras plumas mantienen dignamente la tradición, y con ellas y por ellas permanece firme el lazo que une fuertemente a la guerra y a la poesía.

De la última enorme contienda existe una copiosa literatura. Obras técnicas y didácticas, teatro, poesía, novela, todos los géneros literarios impresionados por la tremenda lucha buscan en ella fuentes de inspiración. Desde el telegrama oficial enviado por la telegrafía sin hilos que narra los combates de un día, hasta las narraciones imaginativas, novelescas y sentimentales, de los literatos de las diversas escuelas, todo está impregnado del ardor o la tristeza de la lucha. La misma grandeza de ésta impidió, sin embargo, que hubiera un poeta digno de cantarla.

Vemos, pues, y este ligero recorrido histórico nos lo demuestra, que aquello que creímos, al definirlo, antagónico y opuesto, es complementario y análogo.

Si la literatura expresa lo bello por medio de la palabra, queda obligada a expresar cuanto de bello encierra, dentro de su macabro espectáculo, la lucha entre los hombres, y a cantar, sobre todo, las virtudes nacidas de la necesidad de sacrificarse en beneficio de una patria o un ideal.

El estruendo de Marte no ahuyenta a las Musas ya que la tierra natal, en la contemplación artística, es la más santa de las inspiraciones.

No existe, pues, antagonismo alguno entre la literatura y la guerra. Todas las Bellas Artes han perpetuado en todo tiempo bélicos hechos, utilizando para tal fin cuanto de noble y elevado existe en ellos.

«El reposo mata la inspiración», dijo alguien con frase afortunada y cierta. Cuando un pueblo sufre y combate, el Arte se eleva. No en balde es el dolor, más que la dicha, fuente perenne de poesía.

La literatura, según hemos visto, refleja los hechos y las acciones de guerra, ensalza el heroísmo y el sacrificio, alienta y sostiene el amor a la Patria, vivifica las más nobles y altruistas virtudes.

El «Ars Poética» conserva vivo y fresco el recuerdo de los héroes y de las bellas tradiciones; señala los ejemplos que deben ser imitados; ensalza las patrióticas virtudes; educa a los pueblos; aumenta, en una palabra, el valor moral de las naciones.

Eurípides afirma es necesario a los hombres nobles tener siempre delante, como claro espejo, la vida de algún héroe en quien mirar los hechos famosos y «hacerlos propios con imitarlos».

La historia del Arte es la más noble historia de la Humanidad. Sólo en ella podremos encontrar esa sublime palabra que inflama el corazón despertando nobles aspiraciones.

Queda demostrado con creces que entre la guerra y la literatura hubo en toda época mil puntos de contacto. La literatura, mejor dicho la poesía, exaltó siempre aquellas dos ideas primitivas que puede asegurarse nacieron con el hombre: la religión y la guerra. Siguió después, a través de los siglos, reflejando hechos, glorificando heroísmos, envolviendo con el polvo sutil y dorado del recuerdo acciones dignas de loa y siempre fué un factor moral de gran importancia.

Desde este punto de vista psicológico hemos de

considerar a la literatura en sus relaciones con las guerras modernas.

La historia militar, la literatura militar, el guerrero tecnicismo, resultan árido estudio para las muchedumbres y son patrimonio exclusivo de un pequeño grupo, pero la leyenda heroica—un gesto, una frase,—llega al alma de los pueblos con rapidez vertiginosa, impresionándola de modo imperecedero.

Cuanto a ella se refiera ha de ser, pues, fundamental estudio para todos aquellos que pretendan conocer y utilizar sabiamente las fuerzas morales de una nación preparada para el combate.

II

LA FUERZA MORAL

Su importancia en las guerras antiguas y modernas

Un folleto publicado el año último por el Ministerio de la Guerra francés con el título «Las fuerzas morales», es un acabado estudio psicológico utilísimo para todo Jefe militar.

Fué redactado como enseñanza de la guerra última y es su objeto poner en manos de jefes y oficiales medios y conocimientos suficientes para que puedan disponer de los resortes morales que son necesarios para vencer.

De tal folleto son, en su mayoría, las ideas expresadas a continuación. Ellas muestran de modo claro y terminante la importancia adquirida por la fuerza moral de los combatientes en las guerras modernas.

En la última contienda, como en todas las que la precedieron, han sido puestas frente a frente dos clases de elementos no comparables entre sí por no estar sometidos a las mismas leyes.

Son unos los elementos materiales: armamento, técnica, procedimientos, etc., que se han modificado, gracias a los progresos de la industria, con rapidez hasta ahora desconocida que hace que la guerra tome y guarde un carácter cada día más científico.

Es otro el elemento moral, función del hombre, que será siempre idéntico frente a la emoción, el peligro y

la muerte, por lo que la guerra es, y será en todo tiempo, un arte cuya esencia moral y psicológica conserva en nuestros días primordial importancia.

Para la lucha dispondremos, pues, de dos clases de elementos: los materiales y el factor moral.

El elemento moral de la guerra ha cambiado poco, al contrario del material. La escasa variación sufrida por aquél permite siga siendo verdad el antiguo concepto que representaba a la guerra como una lucha entre dos voluntades; lucha en la que el factor moral tiene parte principalísima.

Napoleón dijo con indudable acierto: «Las fuerzas morales entran por tres cuartas partes en el resultado final; las fuerzas numéricas y materiales no cuentan sino en una cuarta parte». Semejante afirmación sigue siendo cierta. La moral y la opinión hacen, en efecto, más que la mitad de la realidad.

En 1870 la guerra fué para Alemania la lucha contra el enemigo secular cuya derrota permitiría realizar la ilusión de la gran Patria Alemana, señalada como objetivo nacional al pueblo alemán por sus poetas y sus maestros de escuela.

En la guerra última fueron en cambio causas de la derrota alemana la falta de conocimientos psicológicos de sus directores y el desprecio que éstos hicieron del factor moral tanto en los neutrales como en los adversarios. El orgullo cegó sus ojos y éstos no pudieron conocer el peligro.

Las fuerzas que las naciones pueden oponerse, llegado el caso de una guerra, son, pues:

1.º Fuerzas materiales: armas, efectivos, terreno, fortalezas, etc....

2.º Fuerzas intelectuales: preparación, organización, mando, instrucción, habilidad para la maniobra, dirección acertada en las operaciones, etc....

La fuerza material para nada sirve sin la intelectual, pero una y otra sin la moral carecen de todo valor.

«Los cuadros no deben jamás perder de vista que la guerra se hace con material manejado por hombres y que en una sólida educación moral del soldado reside, ante todo, el éxito». (Mariscal Pétain).

«Aquel que quiere vencer, vence», dice el príncipe Federico Carlos, y más tarde el general Nogi asegura que «la victoria es de aquel que sabe sufrir un cuarto de hora más».

«Para conseguir el triunfo debemos buscar la ruptura del equilibrio moral entre los ejércitos enemigos. La derrota es así una crisis de orden moral, una crisis de desfallecimiento. Los hechos materiales se contentarán con traducir este estado de alma». (General X. Y.—«Reflexiones sobre el Arte de la Guerra»).

«De todos los medios de acción de la Infantería, uno sólo no ha cambiado: el corazón, y es el más poderoso. ¡Bien se ha visto en la última guerra!», dice el general Debeney.

La victoria consiste, pues, menos en la destrucción material de las fuerzas del contrario que en la destrucción moral de éste. La guerra es, en definitiva, la ruptura entre dos equilibrios morales y en ella actúan y actuarán siempre «razones del corazón que la razón no comprende», según la frase afortunada de Pascal.

«La cuestión moral domina claramente en las operaciones», afirma el general X. Y. en su obra citada.

El insigne novelista francés Henri Bordaux, en su célebre obra «Los últimos días del fuerte de Vaux», con el brillante estilo que le caracteriza, señala esa enorme importancia de la fuerza moral en las guerras de nuestros días.

He aquí las palabras del ilustre escritor:

«A esta velocidad pasamos delante de una patrulla cargada con botes de granadas y que anda tan a prisa como lo permite su carga bajo una lluvia de hierro».

«Nada puede llegar a estos sitios si no es a hombros humanos. ¡Pobres hombrecitos cuyo corazón es todavía la más grande potencia militar!»

«Esta es una guerra, científica se ha dicho. La victoria está en el material. El material lo aplasta y lo destruye todo... y cuando la artillería juzga haberlo destruído todo, la voluntad humana opone, todavía, pechos de carne, hombres que han soportado el fuego; el hambre, el frío, la sed, y surgen del suelo revuelto de arriba a abajo. Ninguna guerra habrá dado ejemplos tales de la superioridad humana»—(Obra citada, páginas 59 y 60).

Esta fuerza moral, a la cual todos conceden enorme importancia, es una potencia vieja como el mundo, siempre joven a pesar de ello y más temible que el cañón y el fusil.

Es la resultante de tres fuerzas:

La inteligencia que concibe.

La voluntad que ejecuta.

El valor que afronta la muerte.

Esta fuerza, esta potencia moral es la que, a última hora, hace inclinar la balanza.

Los textos citados demuestran hasta la saciedad el valor actual de la fuerza moral. Veamos ahora cómo puede perderse esa fuerza y qué factores la acrecientan por el contrario.

El ilustre escritor militar francés que oculta su nombre bajo el seudónimo de «General X. Y.» y de cuyo notable libro «Reflexiones sobre el Arte de la Guerra» hemos hecho algunas citas, afirma en él que la crisis de desfallecimiento comienza siempre entre aquellos que no se batan.

En su obra «Espíritu de las instituciones militares» dice Marmont, tomándolo de Vegecio, eran siempre los hombres de la última fila de la falange los que daban la señal para huir.

Algo como un defecto de óptica amplifica todo, derrotas y victorias, en las retaguardias. Las narraciones de heridos y fugitivos recargan con tintes sombríos los hechos desgraciados. El alejamiento mismo del peligro rodea a éste de más horrores y el pesimismo se desenvuelve hoy, como en tiempos de Jenefonte, en las filas más alejadas del frente.

Ejemplo de ello, doloroso y cercano, es para nosotros el desastre de Annual. Posiciones alejadas muchos kilómetros del frente sintieron el aletazo escalofriante de la tragedia y sus guarniciones, a consecuencia de lo ocurrido, sucumbieron rápidamente.

Las campañas derrotistas de 1917 y 1918 en Francia y en Alemania comenzaron en sus retaguardias, es decir, en los propios territorios nacionales.

Para una guerra futura, preconiza el General X. Y. la urgente necesidad de preparar a la nación en armas para que adquiriera en su conjunto un valor mili-

tar firme y duradero que aleje el peligro del desfallecimiento.

En otro tiempo no era esto tan preciso por ser escasos los núcleos nacionales que combatían, pero ahora se impone medida semejante. En una guerra de hoy toda la población civil lucha, toda se encuentra amenazada. Los más alejados del frente sufren el dolor de la pelea. Entre las líneas avanzadas y las retaguardias existe una constante comunicación. Es preciso, pues, mantener en todo el país una elevadísima moral para poder luchar con éxito.

Parte no escasa tiene en nuestros fracasos marroquíes esa falta de preparación espiritual de la nación.

En la guerra de 1914, nadie se ocupó seriamente en Francia de la opinión pública, según el escritor a quien aludimos.

La prensa, en su mayoría muy bien intencionada, no fué convenientemente dirigida ni recibió, en ocasiones, los informes precisos y oportunos. Dijo, a veces, lo contrario de lo que debía, y calló en otras lo más importante.

La necesidad de acortar la extensión, ya desmesurada del presente trabajo, obligame a terminar el estudio de las fuerzas morales y su importancia en la guerra.

Vimos ya que la literatura es un elemento psicológico importantísimo para elevar la moral de los combatientes; sabemos ahora que la fuerza moral es asunto de primordial interés en una campaña.

Siendo esto así ¿había de ser olvidado en las guerras modernas, en las que todo se utiliza para la lucha, un elemento de tanta importancia espiritual?

No lo fué, en efecto. Su empleo, no tan extendido como debiera, adquirirá en el porvenir enorme amplitud.

Dos son las misiones de la literatura en casos semejantes.

Consiste una de ellas en debilitar, o destruir, en el país o países enemigos, la moral del adversario.

Es otra, mantener en el país propio en tensión favorable el espíritu de la nación entera.

Con arreglo a lo anterior veamos en qué forma fué utilizada la literatura en la Gran Guerra.

Cumplió una de sus dos misiones por medio de una información muy cuidada en el propio país; actuó, para cumplir el segundo de sus cometidos, en forma de propaganda contra la moral enemiga en los países enemigos o neutrales. Aprovechó en uno u otro caso los medios más apropiados, pero no llegó a alcanzar, como ya dijimos, el desarrollo que la reserva el porvenir.

Narró heroísmos y señaló virtudes del Ejército propio, ya que no existe enseñanza alguna para el desarrollo de las fuerzas morales de una nación como el ejemplo mudo de los muertos que por ella se sacrificaron.

Lanzó noticias y proyectos, decisiones y esperanzas. Arrastró tras sí amigos de todas las partes del mundo. Atacó, en los países aliados, la psicología alemana, y supo vencer, al fin, merced, en gran parte, al bloqueo espiritual de los Imperios Centrales.

Estudiemos a continuación los medios puestos en práctica en unos y otros países, para conseguir los fines señalados.

III

LA INFORMACIÓN



En libros, revistas y periódicos, hállanse esparcidas mil pruebas del empleo de la literatura para mantener la moral en el país propio, o lanzarle a la lucha, y para destruir la moral enemiga.

Sería fatigar de modo desconsiderado vuestra amable atención citar uno por uno cada caso.

De todos es conocida la brillante actuación de D'Annunzio en Italia. Con sus discursos, con sus publicaciones, con sus artículos, creó, y mantuvo en su país una opinión favorable a los aliados y lanzó a su pueblo a la guerra en favor de éstos.

En Rumania un movimiento análogo de opinión de carácter francófilo, fomentado por la propaganda francesa, arrastró al pueblo a la inmensa hoguera.

Los aliados en un esfuerzo gigantesco de propaganda y convertidos con gran habilidad en defensores de la Libertad y el Derecho, supieron atraer hacia sí pueblo tras pueblo. Alemania mientras tanto, aislada, ciega o llena de orgullo, cooperó, en parte, con sus hechos y omisiones a la formación de esta liga de los pueblos enemigos.

Concretando cuanto a la formación y a la propaganda se refiere y prescindiendo de libros y artículos que corresponden a otros países, veamos cómo se llevó a cabo en Francia *la Información en el propio país*.

Más tarde estudiaremos cómo América y la Gran Bretaña actuaron, por medio de la propaganda, contra la psicología y la moral enemigas. Estos dos típicos ejemplos servirán de demostración irrefutable al enunciado del presente trabajo.

Se carece de datos bastantes para poder hacer referencia documentada de la labor alemana de propaganda, pero nadie habrá olvidado los titánicos esfuerzos realizados a tal fin por los Imperios Centrales.

En el año 1915 un escritor, un publicista, es llamado a prestar servicio en el Gran Cuartel General francés. A su llegada, el general Pellé, Mayor General del Ejército de Francia, le pone en pocas palabras al corriente de su misión desde aquel día: «Redactar el comunicado oficial, enviar a la retaguardia a la nación entera, a todo el mundo, noticia de lo realizado cada veinticuatro horas por los ejércitos franceses».

En el curso de su primera conversación, dice amablemente el general al periodista: «Usted dirá toda la verdad con los cambios necesarios y precisos a que nos obliga el carácter de este niño grande que es el pueblo francés. Lo esencial es ser claro, no dejar aparecer ninguna antigüedad, ninguna reticencia. La prensa tiene hoy que desempeñar un gran papel».

He aquí expresado en pocas palabras el pensamiento fundamental de la información en el país propio.

En el Gran Cuartel General francés el servicio de prensa, llamado comúnmente de Información, había sido fundado por el prestigioso capitán y parlamentario André Tardieu.

Desde 1914 y durante algunos meses del siguiente año fué aquél su director. Encargados después de dirigir

el servicio un diplomático, un capitán y un alto funcionario de la banca francesa, volvióse por último a los periodistas, más especializados.

Era, como arriba dijimos, misión de la Sección redactar los comunicados y relatos oficiales. El general Pellé había reconocido la utilidad de la prensa y el papel que estaba llamada a jugar en una campaña que según muchas probabilidades amenazaba ser dura. El mando no podía, ni debía privarse de un instrumento tan precioso y por ello el Mayor General del Ejército comenzó a organizar la Sección a la manera de una Agencia de Prensa.

Un cierto número de oficiales, periodistas y literatos en su mayoría, fué llamado a prestar este servicio.

Repartidos en los ejércitos estos oficiales informadores, tenían por misión asistir a las operaciones militares y redactar, en el mismo lugar de los hechos, relatos destinados a dar a conocer al público, con la mayor exactitud posible, las acciones de las tropas francesas. Esperábase obtener así una elevación de la moral del país, que viviría por dicho medio en contacto con el frente, y un aumento de la fortaleza espiritual de los soldados, a los cuales, sin duda, halagaría ver elogiado su heroísmo.

El subteniente Luis Madelin, historiador eminente, y el capitán Henri Bordeaux, ilustre novelista de todos conocido, fueron destinados, el uno, a la región fortificada de Verdún y el otro, al Primer Ejército.

Varios periodistas dirigidos por Maurice Renart, corresponsal del «Journal de Debats» en Roma y Viena, trabajaban afectos a los distintos Ejércitos franceses.

El Mando pensó utilizar también, sin llegar a hacerlo, a los célebres novelistas e intrépidos viajeros hermanos Tharaud.

No sin ciertas dificultades, debidas principalmente a las prevenciones conque, en algunos Cuarteles Generales, era mirada la labor de los informadores, el servicio cumplía su misión; pero más tarde esta comunicación directa del Gran Cuartel General con los periódicos, comunicación que realizaba la Sección de Información, quedó interrumpida, pasando desde entonces todas las noticias por el «Bureau de Information Militaire» y la «Maison de la Presse», órganos afectos al Ministerio, y por consiguiente al Gobierno.

Antes de todo esto el general Pellé había comenzado, por su propia iniciativa y en política extranjera, una intensa acción de propaganda entre aliados y neutrales. Se escribían con regularidad en el G. C. G. artículos diversos para la prensa de París y los departamentos; se comunicaban a los agregados militares en el extranjero las noticias del día, manteníase el contacto con escritores, literatos y críticos militares enviándoles, especialmente a los últimos, informes de toda clase sobre la situación y elementos oportunos de juicio. Concedíase, pues, al servicio toda la importancia que tiene en realidad.

Rivalidades con los órganos análogos afectos al Gobierno, cambio de personas en el G. C. G. y otras distintas circunstancias, hicieron decayese en importancia la Sección de Información. A pesar de ello, en la época de mando del general Nivelles, la retirada y las destrucciones realizadas en sus retaguardias por los alemanes, convenientemente «utilizadas» en los perió-

dicos, sirvieron para distraer a la opinión ocultándola los errores o desgracias del Mando.

Después de la ofensiva continuó aquella lucha de radiogramas entre las estaciones de la Torre Eiffel y de Nauen que era característica de la época de grandes operaciones.

Durante el desarrollo de la epopeya, intensamente dramática, del ataque alemán a Verdún, un oficial informador marchó destinado al 2.º Ejército (Pétain) para telefonar directamente al G. C. G. una diaria descripción de los combates que era transmitida cada tarde a la prensa. Luis Madelin y Henri Bordeaux participaron en esta tarea. Por ellos fué conocida la resistencia admirable de Francia; por ellos se conoció el desgaste del enemigo y la cuantía de sus pérdidas.

Por la vivacidad de la inventiva, recordaba el tono de la polémica entre una y otra estación radiotelegráfica al de los héroes de Homero.

Al mismo tiempo que se desarrollaba la lucha en el frente, tenía lugar una enconada pelea entre escritores y publicistas de uno y otro bando.

Lográbase así anular parte de la propaganda enemiga cuidando de informar al país propio sin engañarle ni prometerle cosas irrealizables.

Tras el fracaso de los planes de Nivelles comenzó, y era lógico, una época de pesimismo para la mayoría de los periódicos. Recordóse entonces en el G. C. General aquella Sección de Información que había sido despreciada a pesar de haber sostenido la moral francesa durante las duras pruebas de Verdún y el Somme.

Consecuencia de semejante estado de cosas es aquella campaña derrotista de 1917, que fué necesario

atacar con mano dura utilizando para ello incluso el Control Postal.

Pétain recurrió a mil medios para elevar la moral de sus hombres. Cuando se trataba de tocar el resorte humano, de hacer obra de psicología militar, se dirigía a los literatos de sus Estados Mayores.

Una iniciativa del ilustre caudillo, escribir en los periódicos artículos para las tropas, fué suspendida por orden del Gobierno, celoso del mantenimiento de un exagerado prestigio militar.

Bajo el mando de Pétain y afecta al Ministerio de la Guerra, fué de nuevo organizada la sección de Información con nuevas normas y procedimientos.

Dirigía el nuevo servicio el ya entonces teniente coronel de Complemento y siempre exquisito literato Marcel Prevost. A su lado trabaja el teniente Colvat, director de «L'Opinion». Numerosos periodistas y escritores vuelven de nuevo a trabajar intensamente. Se renueva la actividad de la prensa en beneficio de la moral del soldado y se crea un Boletín para uso de los Estados Mayores.

La prensa francesa acreditada en el G. C. G., así como la aliada, se constituyen en misiones y una y otra prestan a la causa de Francia innegable servicio.

A pesar de todo, las relaciones entre la prensa y el G. C. G. no fueron siempre muy cordiales. El oficial de Estado Mayor, todo reserva y discrección, tenía que chocar a la fuerza con el periodista, cuya labor ha de inspirarse, necesariamente, en ideas contrarias. Sólo un patriotismo acrisolado podrá evitar esos choques y rivalidades.

Hubo momentos en los que nadie estaba satisfecho y la prensa mal informada. Para salvar en el porvenir escollo análogo, ha de ser preciso el tacto más exquisito por parte de todos: mando y prensa.

No por lo anteriormente expuesto ha de decirse que la labor fué estéril. Afecto a la Sección de Información escribió José Bedier sus admirables estudios sobre el «Esfuerzo Militar Francés». Su lectura produjo en el G. C. G. enorme entusiasmo. Henri Bordeaux trabajó igualmente con éxito admirable.

No son de extrañar los rozamientos de que hemos hecho mención. Ensayábase un sistema de información nunca practicado y a esto se debía que la máquina no funcionase bien. El patriotismo se impuso siempre no obstante, y salvo contadas excepciones, la prensa francesa mantuvo en la tensión conveniente la moral del país sin abandonar por ello las críticas lógicas que merecía la actuación del mando.

Los oficiales afectos al Servicio de Información cumplieron bien su cometido de guiar e informar a la opinión pública.

En los días de prueba de la ofensiva alemana, en Mayo de 1918, el comunicado alcanzó con creces su objeto.

«En esos momentos me daba cuenta del valor que adquiría la experiencia de un hombre acostumbrado, por oficio, a conocer los movimientos de la opinión pública», dice el mismo Pierrefeu.

Al hablar de su labor añade que «se limitaba a reseñar verdades confesadas con un ligero retraso y a silencios prudentes cuya unión constituía toda la diplomacia del comunicado, en el que, por otra parte, se

confesaba la verdad y se guardaba, en lo posible, respeto a la lógica».

Tal es, a grandes rasgos, el papel desempeñado por literatos y periodistas en Francia durante la Gran Guerra.

Pétain supo apreciar, como Pellé y otros muchos, el valor de tal elemento para mantener en el país y en el frente una moral elevada.

Por si no bastase para demostrar la verdad de nuestro aserto todo lo anteriormente expresado (que figura con gran lujo de detalles en el célebre libro de Jean de Pierrefeu «G. Q. G. Tres años en el Gran Cuartel General»), oigamos la opinión de Gustavo Lebon, el ilustre psicólogo:

«Para esto son los periódicos en todas partes agitadores potentes de muchedumbres, porque manejan a su antojo los verdaderos factores afectivos de la opinión de las masas: la afirmación, la repetición, la sugestión y el prestigio».

Según él, la opinión pública constituye, en los tiempos modernos, una fuerza a la que los mismos soberanos no resisten. Se crea lentamente, pero prepara las voluntades inconscientes que preceden, por lo general, a las voluntades conscientes de los gobernantes. Cuanto sobre ella actúe es digno de tomarse en consideración.

Así, el libro de Von Bernhardi «Alemania y la próxima guerra» predispuso al alma alemana para una política de conquista, y los discursos de los políticos ingleses transformaron la opinión pública de la Gran Bretaña para su entrada en la contienda.

Las soflamas de D'Annunzio lanzaron a Italia contra sus antiguas aliadas; ellas transformaron el alma colec-

tiva de la nación italiana para convencerla de la necesidad de un cambio de orientación.

Prensa, discursos, libros, arengas—literatura—todo obra en definitiva directamente, y con singular eficacia, sobre las fuerzas morales de los pueblos.

IV

LA PROPAGANDA

Propaganda británica. — Propaganda americana. — Sus efectos.

Hemos visto ya cómo ejerce su misión la literatura, en sus varias manifestaciones, en el país propio; veamos ahora cómo puede ser, mejor dicho, cómo fué aplicada, de 1914 a 1918, para obrar sobre la moral enemiga.

En «Los Archivos de la Gran Guerra» correspondientes al año 1921 ha publicado Maurice Bourgeois unos interesantes artículos sobre la propaganda inglesa y americana. Nada mejor que seguir al articulista a través de su interesante trabajo para el objeto que nos proponemos.

Obsérvese cómo en esta conferencia busco opiniones ajenas cuyas manifestaciones sigo casi al pie de la letra. Convencido de la importancia de la literatura en la guerra, tuve la suerte de encontrar, en libros y revistas, la confirmación de mi idea. Es, pues, el presente trabajo recopilación de frases y pensamientos de otros, quedando reducida mi labor a hilvanar, con el grueso hilo de un pobre estilo, las perlas de literatos y publicistas notables.

«The paper war»; la guerra del papel (propaganda) adquirió durante la última conflagración mundial, una importancia insospechada aún desconocida en toda su extensión y que en el porvenir será tenida en cuenta por ser elemento interesantísimo para romper la resis-

tencia del adversario destruyendo su fuerza psicológica, su resorte espiritual.

«La propaganda determinó en los Imperios Centrales movimientos de carácter social que favorecían a la Entente en lo que se refiere a conseguir sus objetivos de guerra».

Durante la lucha se habló con frecuencia de la organización de la propaganda alemana. El mismo Lüdendorff confiesa, sin embargo, que aquélla adolecía de grandes defectos.

La propaganda inglesa, lo mismo que la americana, son menos conocidas por carecer aún de datos suficientes para el estudio de los medios empleados en la contraofensiva intelectual de los aliados.

Propaganda británica

Es testimonio autorizado, y casi oficial, sobre la propaganda inglesa el curioso libro «Los secretos de Crewe House.—Historia de una campaña», publicado por sir Campbel Stuart en Londres el año 1920.

Crewe House es el nombre de la casa de los Marqueses de Crewe. Fué desde 1918 Cuartel General de la propaganda británica en los países enemigos, propaganda que dirigió desde el mes de Febrero lord Northcliffe, director y propietario del «Thimes». Era sir Campbell Stuart teniente coronel, director adjunto del Servicio de Propaganda y fué el principal lugarteniente del famoso propietario de periódicos ingleses. Por eso todas las manifestaciones del libro del primero son en extremo interesantes.

Las tentativas hechas por el Gobierno inglés para encauzar la propaganda fracasaron al principio, pero aquél no cejó en su empeño, convencido de su importancia.

En 1918 Lloyd George concibe la idea de un servicio centralizado y ofrece la dirección a lord Nortcliffe. Bajo el mando de éste se desarrollan en Crewe House dos cometidos: 1.º Redactar los folletos y libros para la propaganda. 2.º Difundir dichas publicaciones.

El servicio de redacción fué realizado por colaboradores de primera línea, figurando entre ellos, en el puesto principal, el ilustre novelista y pensador H. G. Wells.

La teoría general de la propaganda que sirvió de doctrina a Crewe House fué casi la misma de Lüden-dorf: «Presentar una tesis de tal forma que pueda influir con eficacia sobre los demás».

«Una buena propaganda—añade aquél—debe proceder al desenvolvimiento de las realizaciones políticas. Ella debe formar a la opinión sin que ésta se dé cuenta».

Para hacer la propaganda debe crearse primero una atmósfera favorable, determinando después una cierta política teniendo en cuenta varios factores, entre ellos, y principalmente, el conocimiento psicológico del enemigo.

Comienza la propaganda afirmando cosas verídicas y no debe servirse jamás de argumentos contradictorios.

La propaganda británica comenzó primero contra Austria, estimulando las tendencias nacionalistas de algunos pueblos de la Doble Monarquía.

Preparada por Austria una ofensiva contra Italia, lanzóse desde este país una activa propaganda contra el enemigo: libros, folletos, un periódico editado en cuatro idiomas, etc. Para ello se utilizaron aviones, granadas y patrullas de desertores llamadas de contacto. ¡Hasta gramófonos se colocaron en las trincheras para tocar discos nacionalistas!

Las deserciones comenzaron y fué preciso a Austria retrasar su ataque cuyo plan, por otra parte, era ya conocido del Mando italiano, al que informaron los desertores.

Desde 1916 fué ejercida la propaganda contra Alemania por los mismos medios. Se forma una sección especial que prepara y reparte folletos referentes al trato dado a los prisioneros. Edítase en francés un pequeño periódico, «El Correo del Aire». La propaganda produjo efecto. En 1918 llegaron a ser repartidos millones de hojas por mes.

Encargado lord Nortcliffe de la dirección, delegó en Wells, y éste escribió una interesantísima Memoria sobre el particular. En ella se determinaban claramente los propósitos ingleses:

- 1.º Los aliados continuarán la guerra hasta que sus enemigos acepten sus condiciones.
- 2.º Los aliados hállanse fuertemente unidos.
- 3.º La paz ha de ser establecida sobre bases duraderas.

Lanzóse después la idea de la Liga de Naciones para atraer a Alemania. Se hablaba de desarme, de libertad, de justicia. Estas ideas fueron la base de la propaganda. Ellas determinaron los fines de la guerra de la Entente en forma clara y comprensible para todos.

Ofrecíase al mismo tiempo, al Imperio Alemán, no la ruina, sino una situación mejor.

Aviones, granadas, morteros de trinchera, globos de modelo especial, lanzaron sobre el frente alemán millares y millares de hojas y folletos. Al mismo tiempo se trabajaba desde la prensa neutral engañando a enemigos y amigos respecto a la verdadera situación en Inglaterra.

«Todo va bien allá», se decía en artículos y trabajos periodísticos. «Todo va bien», se repetía. «El pueblo inglés desea vencer y... vencerá».

Al expresar esta confianza en el triunfo, se ofrecía a Alemania, a cambio naturalmente de determinadas concesiones, un trato de favor llegada la hora de firmar la paz. Era premio último a su comportamiento el ingreso en la Sociedad de Naciones.

La propaganda hizo su efecto, como atestiguan mil ejemplos. Los rumores derrotistas crearon en Alemania, y en los países aliados del Imperio, una atmósfera de inquietud, deslealtad y temor. Las medidas del Gobierno alemán sirvieron poco para contrarrestar tales efectos y el veneno fué filtrándose lentamente en el alma alemana.

El 2 de Septiembre de 1918 Hindenburg, en una notabilísima proclama dirigida al Ejército y al país, dice que al lado de la lucha contra las armas alemanas encuéntrase la lucha contra la moral alemana. Al hablar de su enemigo añade que éste cubre el frente no sólo con el fuego de su artillería sino también con sus oleadas de papel impreso.

«La voz del enemigo, ya seductora, ya amenazante, no cesa. Es preciso estar unidos y ser fuertes para

vencer. Esto es precisamente lo que nuestro enemigo quiere evitar. Quieren quitarnos la fe, la confianza, la voluntad y la fuerza. ¡Defiéndete, pueblo alemán!»

Estas son las últimas palabras del llamamiento del ilustre mariscal.

A pesar de todo, el enemigo logró sus propósitos. El mismo Lüdendorff lo confiesa: «Deshacer el espíritu del interior del país, hacerlo incapaz de seguir luchando, atacar el frente interior y el espíritu del Ejército, tal fué el medio principal de que se valió la Entente para vencernos». «No tengo duda sobre este punto», añade.

El resultado es de todos conocido.

El frente de retaguardia alemán hundióse con estrépito.

Propaganda americana

Menos desarrollada esta propaganda que la inglesa tenía, además, un espíritu diferente. Afecta al Servicio de información del Ministerio y al 2.º Negociado del Cuartel General americano, inspirábase más en la verdad y en la lealtad que la propaganda británica. Respondía, sin duda alguna, a una vocación secreta del alma americana. ¡La publicidad!

Por medios análogos a los estudiados envíanse al enemigo folletos y periódicos; háblase en ellos del buen trato dado a los prisioneros; repártense tarjetas postales para que éstos indiquen a sus familias su situación y estado y no se omite, en fin, medio alguno para lograr el propósito encomendado al servicio.

Las declaraciones, discursos y mensajes del Presidente Wilson son principalmente el ariete formidable esgrimido contra Alemania por la propaganda americana.

Añádase a esto la realización de una idea original: la publicación del «Boletín Internacional», en dos idiomas, para repartirlo a amigos y enemigos.

La propaganda americana, como la inglesa, obtuvo un franco y decisivo éxito, debido en gran parte a la franqueza y lealtad, características de su método.

Para saber si las medidas de una y otra fueron acertadas y si causaron honda huella en la moral enemiga, nada mejor que oír a los propios alemanes.

Los efectos de la propaganda

Bethman Hollveg, Canciller del Imperio alemán de 1909 a 1917, y Lütdendorff, ex primer Cuartel Maestre General de los Ejércitos alemanes, confirman en sus escritos los efectos de la propaganda enemiga.

El primero, en su libro «Consideraciones sobre la Guerra Mundial», dice:

«Cuando se habla de las causas de nuestro hundimiento no deja de hacerse alusión a la ineficacia de la acción alemana en el extranjero».

Es indudable, reconoce, que «no habíamos tenido, antes de la guerra, un sistema de propaganda suficiente y que luego, durante su desarrollo, nuestro servicio propagandista falto de organización fracasó, tanto más cuanto que la ruptura de los cables y el cierre de las fronteras produjeron pronto igualmente un bloqueo moral de Alemania. Esto nos colocaba en la imposibi-

lidad de parar en seguida y en todas partes los golpes, *bien dirigidos*, de la propaganda enemiga».

«Las ideas de nuestros adversarios: la lucha por el derecho y la justicia, por la supresión de la autocracia y del militarismo, por la libertad de los pequeños Estados y el derecho de todos los pueblos a disponer de sí mismos, fueron aceptadas con la mayor buena fe por todo el mundo.

»Apelando a los sentimientos generosos de la Humanidad y prometiendo a los humanos una edad de oro, esta llamada al combate tuvo fuerza de atracción suficiente y ante ella nuestras palabras, que sólo invocaban la obligación de defendernos, no producían efecto alguno».

La propaganda de la Entente, afirma por último, «facilitó poderosamente la marcha de la máquina enemiga».

Lüdendorff, en el capítulo dedicado a la lucha por la victoria en 1917 y 1918, de su obra «Conducción de la Guerra y Política», se queja de que la última no ayudó suficientemente a la dirección militar por *falta de propaganda* para contrarrestar la muy activa del enemigo. Era preciso, según él, dirigir la guerra contra la moral del adversario por medio de una propaganda grande que quebrantase la cohesión de los pueblos enemigos, arrebatándoles su fe en la victoria. Esta propaganda debía ser dirigida al interior y al frente enemigos.

V

RESUMEN

**Enseñanzas para el porvenir.—La propaganda española.—
La literatura colonial.—Palabras finales.**

Enseñanzas para el porvenir

El arte que utiliza la palabra como expresión sensible de la idea, no dejó durante la guerra de pasear a lo largo del trágico sendero el claro espejo en que se reflejaban los dolores y miserias, los heroísmos y las abnegaciones.

Impregnada del dolor de la lucha quedó toda la literatura en los países beligerantes, y una copiosa bibliografía mencionó los sencillos hechos de los mártires, narró la vida de los grandes jefes y estudió las causas y consecuencias de la contienda tenaz.

Ni un sólo instante se separaron guerra y literatura. Las bellas frases, las críticas, los elogios, formarán más tarde la historia reposada e imparcial que narre todo el espanto y toda la gloria de aquellos mortíferos y al mismo tiempo fecundos años.

Alejados nosotros de la hoguera donde se consumían energías y riquezas sinnúmero, sirvió la literatura de guerra para dividirnos en grupos a favor de uno y otro bando.

En lo que a nuestro país se refiere, esta cuestión de la literatura de guerra, mejor dicho de la propaganda, tiene excepcional importancia.

Permanecemos como nunca aislados; sobre nuestra Patria corren las más absurdas leyendas. Se impone, pues, una activa propaganda española que nos dé a conocer en el Mundo y para ello son precisos centros que, al mismo tiempo que orienten a nuestra decaída y casi agonizante opinión, defiendan por todos los medios nuestros ideales, especialmente cuantos se refieren a las naciones americanas, hijas de nuestra raza.

La literatura colonial

Sobre la vida española proyecta su sombra desde hace largos años el problema marroquí.

Antes de terminar el presente trabajo debemos detenernos un instante sobre este aspecto de la propaganda y la literatura en lo que se refiere a la expansión colonial.

En nuestro país nadie se preocupó de orientar a la opinión por medio de una bien dirigida propaganda colonialista.

Francia cuidó siempre con especial cariño de este género de literatura y esta especial propaganda, las cuales, dando a conocer países y costumbres, enseñan al pueblo a interesarse por ellos para amarles después.

La propaganda francesa, utilizando todos los medios, dirigió sobre Marruecos los afanes y deseos de miles de compatriotas.

¿Qué hicimos nosotros en análogo caso? Crear una literatura partidista a raíz de nuestro desastre de Annual; dividirnos a favor o en contra de los principales

actores del drama y no buscar en éste las enseñanzas precisas para corregir nuestros errores.

Así nuestros libros sobre Marruecos son, en su mayoría, libros apasionados sin que entre ellos aparezca el libro sereno y reposado que nos oriente hacia el porvenir.

En España, como en todos los países, la Prensa está llamada a cumplir misiones importantísimas en casos semejantes, pero estos deberes traen aparejados consigo derechos indiscutibles de crítica y fiscalización. En su ejercicio ha de ponerse a prueba el patriotismo de esa fuerza enorme, creadora de la opinión de los pueblos, así como el tacto del Mando que, inevitablemente, ha de mantenerse con ella en relación constante.

Palabras finales

Todos los juicios expuestos, antes de referirme a nuestra Patria, demuestran que la propaganda cumplió su misión de ganar aliados, quebrantar la fuerza moral del enemigo y elevar la propia.

Sólo la literatura puede proporcionar a la propaganda la fuerza necesaria que para convencer precisa.

Así vimos su papel durante la guerra y el juicio que su labor mereció a uno y otro bando.

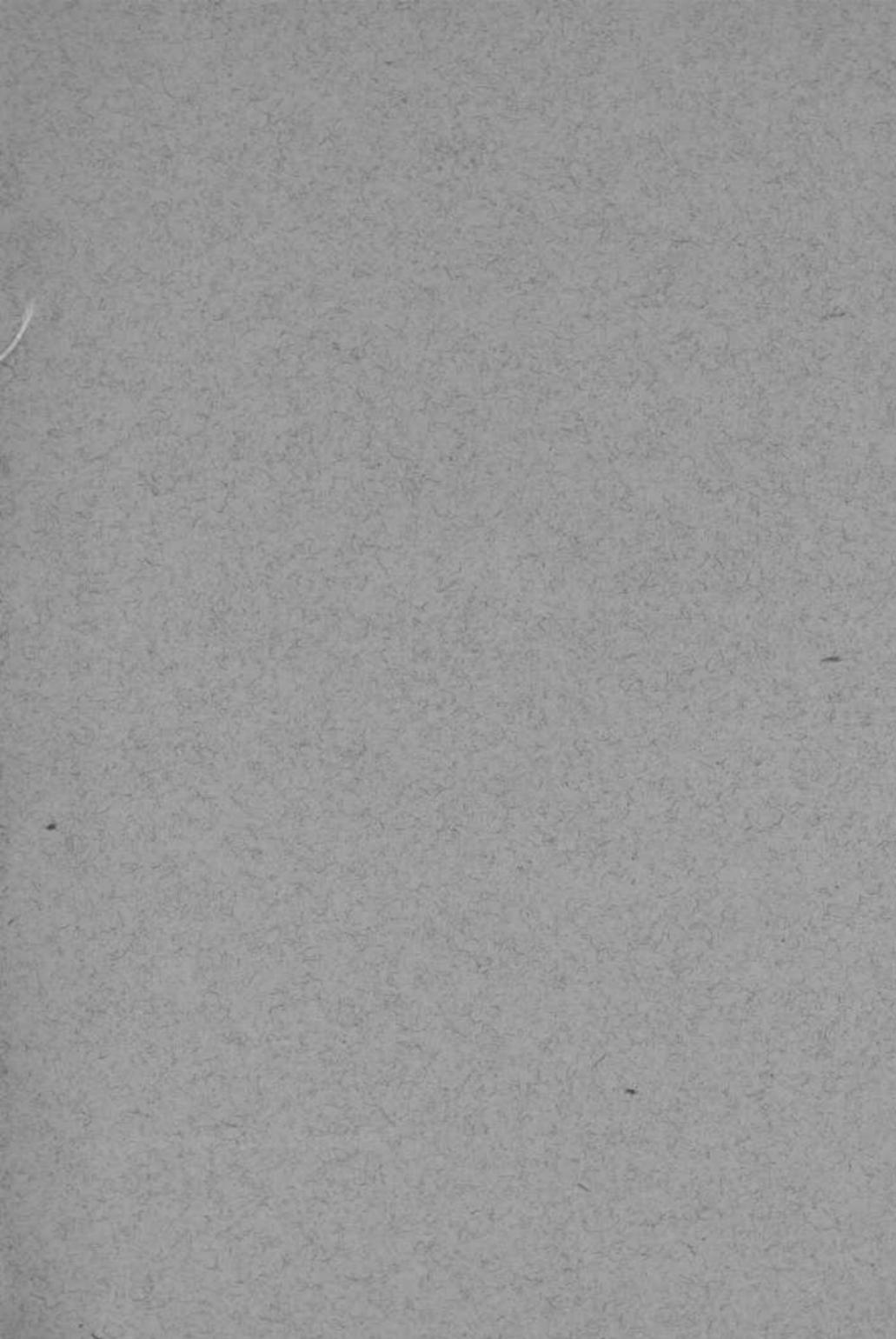
Para convencer es necesario ser elocuente y esta elocuencia nace sin duda de un perfeccionamiento constante del arte bello cuyo medio de expresión es el lenguaje.

Si en la última guerra la literatura, en sus dos formas de propaganda e información, adquirió tal desarrollo,

es lógico esperar que en el porvenir aumente. Es preciso, pues, no olvidar cuanto se refiere a este nuevo elemento de combate.

Para llamar vuestra atención sobre asunto de tanta importancia como la señalada, reuní en el tema de mi conferencia esas dos palabras al parecer contradictorias: guerra y literatura.

Si llevé a vuestro ánimo el convencimiento de que ésta es necesaria a aquélla, habré logrado mi propósito; este propósito que inspiraron un ferviente amor a mi Patria y un profundo cariño a las Letras.





Precio: Una peseta.